

#OPERATIVOLIBERTAD

LAS VOCES QUE SE LLEVA LA CORRIENTE

RÍO DE LAS CONGOJAS EN LAS OTRAS VOCES

ARIEL SCETTINI



PROYECTO
BALLENA



Para la tradición de la literatura nacional Río de las congojas forma parte de una trilogía colonial en la que se incluye Zama de Di Benedetto y El entonado de Saer. Las tres novelas del siglo XX comparten el escenario de la Conquista del Río de la Plata y sus afluentes. Las tres abrevan en el barco Centenera tanto como en el relato de Schmidt en el que, como sabemos, se dice, proverbialmente y por primera vez, aquello de lo que no tememos ninguna prueba (pero que los argentinos no tenemos tampoco dudas para que la afirmación sea, no tanto un mito, como el testimonio fidedigno): los que habitan en esa zona, en alguna zona entre el Plata y el Paraná, son caníbales.

Después de esa sentencia de Ulrico Schmidt, (que participó en la expedición de Ayolas, de Irala y de Alvar Núñez Cabeza de Vaca) todo lo que hicimos en los 500 años siguientes, se explica perfectamente en la literatura (y, probablemente, también en nuestras vidas). Y es que, en realidad, la narración del escenario de la conquista, los adelantados, las escenas de ranchos y pajonales, la colisión entre los pueblos indígenas y los invasores, solo tiene por objeto funcionar como metáfora de la indigencia o la miseria, la catástrofe o lo que sea en lo que nos hemos convertido. La unión de lo novelesco con la conquista de América, siempre da un producto esperpéntico. Es decir, trata de volver material narrativo polifónico un hecho tan discutible, que no puede menos que plantearse como debate.

Pensemos que todas las palabras con las que nombramos aquello que conocemos de manera escolar

como la “Conquista de América”, es un debate que nos pone en una encrucijada muy existencial. Por ejemplo ¿estamos de acuerdo en seguir usando la palabra “descubrimiento”? ¿O ya es un insulto? ¿Estamos en condiciones de rechazar la idea de “fundación” de ciudades en América Latina y reemplazarla por “invasión”? o ¿tenemos que respetar como “expatriados” y reconocer sus derechos a los que vinieron a “fundarme la patria”, como diría Borges? ¿los inmigrantes son refugiados?. Finalmente, ¿es posible pensar la fundación de la identidad desde fuera? Es decir, ¿se puede ser latinoamericano cuando no existe América Latina? Como soy un profesor de literatura, me resulta difícil internarme en los hechos. Mi conocimiento llega hasta la manipulación de los hechos y sus efectos. La realidad no me interesa tanto.

Pero lo cierto es que a esa serie de novelas que nombramos, para darle cierto espesor o complejidad ideológica, le podríamos agregar algunos textos, que aun sin formar parte del género, contribuyen a nuestra imagen literaria de la conquista del territorio durante el siglo XVI y XVII.

Por supuesto que en el otro extremo ideológico de Demitrópulos está *El hambre*, de Manuel Mujica Láinez. El primer relato de la colección de cuentos *Misteriosa Buenos Aires*. El cuento no sólo vuelve sobre el texto de Schmidt, sino que trata de reformular la sentencia de Borges de “darle fantasmas a la ciudad de Buenos Aires”.

Pero antes, en 1927, Payró publica en el diario La

Nación, bajo la forma de folletín, El mar Dulce, donde se cuenta, novelada, la expedición de Solís. El mismo Payró lo dice: “Crónica romancesca del descubrimiento del Río de la Plata por Juan Díaz de Solís”. Es decir, la conquista es “romantizada”, se le da al origen del territorio el carácter y el género novelesco de la aventura. Y Río de las Congojas tiene también eso, es un relato de aventuras en clave femenina o feminista.

Recordemos que por la misma época en la que se sitúa la novela, fines del siglo XVI, en este territorio (ahora son Perú, Chile, Argentina), circulaba Catalina de Erauso, sobre la que tanto se ha escrito. Catalina, también llamada la Monja Alférez, era un ser temible de la Conquista, que ni bien llegó al territorio inexplorado de Las Indias Occidentales, cambió hábito por armadura y se dedicó a la matanza de poblaciones originarias. Cambió proyecto de evangelización por la versión inmediata: el exterminio. Su mito llegó a ser tan famoso en vida, que terminó visitando al Papa, a quien pidió que, en favor por su tarea de conquista, le permita continuar vistiendo y actuando como hombre. Se cuenta que sedujo a dos jóvenes tucumanas y las abandonó cuando se aburrió de ellas. El Papa, reconociendo sus favores para la iglesia, le concedió la aprobación un se convirtió en el primer sujeto trans de nuestra historia, de manera oficial. De modo que la escena en la que María Muratore se viste de hombre para presentar batalla, tiene cierto sustento en los episodios históricos.

Pero es imposible agotar las posibilidades de pensar el mundo de las mujeres en el tiempo de la

conquista y la colonización. Por exigua que sea la documentación de la época, la ficción posterior le ha dedicado una párrafo más que notable.

Uno de los textos más importantes sobre el tema es sin dudas *La Perichole* (1954), de Francisco Urondo, donde, en un largo poema vuelve sobre *La Perrichioli*, ese personaje perfecto de la colonización en sudamérica (versión mercantilista de la *Malinche* mexicana) e historia fascinante de las tretas femeninas para conquistar el poder allí donde parece una tarea imposible. Actriz y empresaria teatral de la colonia que sedujo al Virrey del Perú, con quien concibe un hijo, y al ser abandonada por el Virrey, Aún siendo objeto de escarnio, continuó representando su personaje central en la sociedad limeña. El mismo Offenbach le dedicó una opereta a *La Perichole*, que sin dudas Urondo conocía y en la que abreva su poema, monumento del antiimperialismo.

Pero también hay otra precursora de la *Muratore*: *Moema*. *Caramuru* es el poema que relata en 1781, la Fundación de Bahía, en ese entonces la capital de Brasil, y algunos de sus avatares. Entre ellos, el más hermoso y el más romántico es la historia de *Moema*. Un nombre que quedó grabado en la historia de Brasil para la fundación del indigenismo brasileño, y tanto, que el artista plástico creador de las obras más representativas de la nacionalidad de la pintura brasileña del siglo XIX, el Florianopolitano Victor Meirelles, le dedicó una obra magnífica, que reina en el MASP como definición de la “brasileñidad.”

Caramuru es el modo en el que los Tupinambás llamaban a Diogo Álvares Correia, un náufrago que, aquerenciado en Bahía, fundaba poblaciones y armaba su harén de mujeres nativas. Pero he aquí, que el destino del conquistador lo tira y un día decide que el paraíso que el territorio le ofrece no es suficiente y se encamina a volver a Portugal. Como las leyes de Portugal no le permitirían ir con todas las mujeres, elige a una y abandona a todas las demás, sin culpa. Saluda y se toma el buque. Pero en el momento, en el que comprenden que son abandonadas, las mujeres que amaban a Diogo se tiran todas al mar a seguir el barco de su hombre y nadan. Nadan hasta que el agotamiento y el temor las hace volver a la costa. Pero no todas vuelven. Moema, llevada por la fuerza de las ilusiones, nada hasta el final. La obra de Meirelles, muestra el cuerpo muerto de Moema, que el mar devuelve en la playa, el siguiente amanecer. No hay acaso, metáfora más perfecta de la Conquista de América que esa imagen.

Si hay algo en lo que coinciden los pensadores de la descolonización (Dussel, Mignolo) es en impugnar el modo en el que se silenció el lugar del descubrimiento de América para desatar las fuerzas de lo que ahora llamamos “modernidad”. Tanto el marxismo y sus vertientes, como las corrientes idealistas del pensamiento europeo piensan la modernidad fuera del impacto que tuvo en ellos la existencia de un nuevo territorio.

En la literatura, sin dudas, esa modernidad se puede leer como el intercambio de perspectivas, de

ideologías, de pensamientos y voces contrarias o francamente contradictorias que se configuran en la novela. Quizás ese sea el rasgo más notable de la construcción de Río de las congojas: la imposibilidad de construir una historia completa, sino unas historias que se arman siempre a partir de las voces de los otros, llenas de verdades precarias y de perspectivas opuestas. Y en ese sentido la obra de Demitrópulos se acerca a la de Carpentier y su relato polifónico de la vida y canonización y demonización de Cristóbal Colón, *El arpa y la sombra*.

Y ese sería uno de los motivos que hacen de Río de las Congojas “la” novela de la conquista y la colonización. Como ninguna, Demitrópulos logra narrar esa imposibilidad, esa locura. La historia esa, sea descubrimiento o invasión, sea refugio o guerra, no puede reconstruirse. Es la ruina de las voces en las que solo se puede escuchar el relato parcial en el que la fortuna de unos es la calamidad de otros, el destino venturoso de los que llegan es la masacre asegurada para los que vieron llegar la invasión y rogaban a unos dioses que todavía no conocían, para que los arrastre el río, los inunde y se los trague.